

GRATA EXPERIENCIA A LAS PUERTAS DEL VERANO

En reconocimiento, admiración y gratitud a las abejas

“Grandes y maravillosas son tus obras, Señor” (I)

Nunca hasta ahora había suscitado interés en mí el mundo de las abejas. Es más, aparte de los conocimientos básicos que me enseñaron en los primeros años de escuela sobre la importancia de las abejas en el espacio natural por su función como polinizadoras de una gran mayoría de especies que se encuentran en nuestro mundo y de nuestros cultivos y sus serias consecuencias para la vida del planeta si no se las protege, las abejas me resultaban más bien, poco simpáticas. Sabía que la picadura de solo una de ellas podía tener efectos negativos sobre la vida humana. Y qué decir si era un enjambre el que podía atacar. Más de un caso real de muerte he conocido por picaduras de abejas. En definitiva, ellas en su espacio y yo en el mío, cada una en su sitio, pensaba yo.

Sin embargo, el regalo cada día más agradecido que comporta vivir en plena naturaleza, alejadas del mundanal ruido, estrés y ritmo acelerado persistente de una ciudad, ha empezado a despertar en mí una simpatía e interés por esa, en apariencia pequeña pero grande obra del Creador, como son las abejas por su importancia en el ecosistema, y quienes merecen todo nuestro respeto y gratitud por su extraordinaria e imprescindible presencia para que la vida fluya y siga siendo vida como ha querido Dios desde el principio.

Este año las abejas han iniciado su temporada de trabajo con mucha fuerza. Nos están visitando y ocupando espacios que no son los más adecuados para ellas. Los enjambres se posan con cierta insistencia en nuestro recinto sagrado.

Dicho esto, lo que en un principio parecía que iba a estropear mi ritmo ordinario, alterándome el horario final del día y por ello alterando también mi esquema cuadrulado de orden y tiempo, sin embargo, ha terminado convirtiéndose en un precioso canto de alabanza y gloria al Creador por permitirme vivir en primera persona la belleza en todo su esplendor al contemplar la asombrosa y espectacular obra de arte que me ha brindado el mundo de las abejas.

Aunque la luz solar en estos días de mayo se resiste a dejarnos, y todavía la naturaleza canta una melodía sonora y bella sosegándose poco a poco según declina el día, para nosotras el día se va despidiendo. Poco queda más que la cena, seguida de un breve compartir comunitario antes de la oración final y el descanso nocturno.

Mas la presencia de un enjambre descubierto fortuitamente en el patio de entrada del monasterio y además a pie de suelo, como digo, me viene a alterar de inmediato la cotidianidad de un día más en el equilibrio del “ora et labora” que intentamos vivir cada una de las hermanas que formamos la comunidad.

¡Un enjambre! ¡Qué bella imagen! A los pies de una conífera y, casi rozando el suelo se ve una masa muy compacta tejida con esmerada perfección por cada una de las miles de abejas que la forman, dando como resultado final un enjambre que se muestra tranquilo, inmóvil, recogido ya

para pasar la noche aguardando su descanso bien merecido después de todo un día de trabajo abundante.

Y, casi de inmediato, ante esta imagen, mi mente vuela al ritmo del revoloteo de los últimos pájaros que regresan buscando su sitio entre rama y rama para su descanso nocturno y pienso en una comunidad monástica reunida y unida por una presencia central, la Reina/la Madre (*que hace las veces de Cristo en el monasterio, RB 2*), y en torno a ella toda la familia unida. Bella imagen.

Pero rápidamente piso tierra y me sitúo en la realidad, porque el inesperado y casi diría yo inoportuno enjambre, para nosotras no deja de ser una preocupación, un no saber qué hacer a esas horas del día. Sabemos que ese no es su espacio, con lo cual algo hay que hacer al respecto.

Y como Dios es Dios y siempre tiene su plan para cada situación, la solución ha venido casi sin esfuerzo, solo gracias al Señor y sus mediaciones.

No imaginaba hasta ahora la afición tan grande y numerosa de personas que dedican su tiempo, algunos como medio de vida, pero otros como atractivo y placer por las abejas. Es el caso de Salva y su prima, dos enamorados de las abejas, que en media hora se han presentado hasta el monasterio, dispuestos a no dejar escapar esta gran familia unida y reunida en busca de su hogar definitivo, ofreciéndoles una hermosa casa para habitar y elaborar su miel.

Paso a paso hemos podido seguir el proceso interesantísimo de trasladar dicho enjambre hasta la colmena ya preparada para ellas. La temperatura es buena, es agradable y todavía queda luz solar. Con cierto pesar, según mi pobre entendimiento, al enjambre ya retirado y tranquilo desde hace bastante tiempo hay que despertarlo. Para ello, poco a poco, con mucho cuidado y delicadeza Salva agarra todo lo que su mano abarca parte del enjambre, con el fin de intentar introducir lo más pronto posible a la Reina en la colmena ya preparada para que el resto de centenares de abejas la sigan y entren también en ella.

El espectáculo es maravilloso. Pronto nos damos cuenta de que la Reina está ya en la colmena junto con cientos de abejas que, incondicionalmente la han seguido. Quedan muchas fuera sin enterarse todavía muy bien de lo que ha pasado y, algo inquietas por el momento que viven, intuyen que el feliz descanso en el que ya disfrutaban se les ha alterado. Pero rápidamente se ponen en acción y manos a la obra se disponen a buscar a la Reina para reunirse con ella.

Así pues, poco a poco las abejas inician su camino hacia la nueva casa. Son tantas que la pequeña puerta abierta para su entrada se colapsa y tienen que esperar a que vayan pasando ordenadamente. Es cuestión de tiempo. En procesión avanzan todas, tranquilas, ordenadas, con la confianza de que van por buen camino. Después de un rato, quedan las últimas, las más rezagadas y perezosas que, quizá por la buena temperatura ambiental, quizá también porque están desveladas, parece que les cuesta entrar en *clausura*, pero ayudadas por Salva que echa una mano a las últimas, finalmente quedan todas bajo techo.

De nuevo viene a mí la imagen ideal de una comunidad monástica, **todas juntas reunidas en torno a la abadesa, la cabeza y guía de la comunidad.**

Salva y su prima están contentos porque saben que todas están a salvo y que estarán cuidadas y atendidas en su nuevo hábitat. Nos damos las gracias mutuamente porque ellos marchan con una gran familia consigo y nosotras contentas y tranquilas porque hemos podido despedirlas "con salud y gozo" a su nueva casa.

Y damos gracias a Dios por permitirnos terminar bien lo que en principio parecía una pesadilla.

Nos retiramos con la satisfacción en el cuerpo y seguras de que el descanso que nos espera será bien merecido. *“Grandes y maravillosas son tus obras, Señor. Apocalipsis 15, 3”*

“Grandes y maravillosas son tus obras, Señor” (II)

Días después se nos presenta otro enjambre un tanto inoportuno por su enclave elegido en el patio interior del claustro al declinar la tarde. Ciertamente estamos viendo como nunca hasta ahora cómo las abejas simpatizan con este entorno sagrado confiadas en que eligen bien su *estabilidad*.

Amparito, una vecina del pueblo, no es la primera vez que viene a llevarse algún enjambre del interior de nuestro recinto. También hoy la mano de Dios vuelve a estar de nuestra parte y, gracias a ella, apicultura por afición, he tenido la satisfacción de presenciar otra forma de traslado de enjambre a su respectiva colmena, su casa definitiva. En este caso, el enjambre se ha colocado en la pared, a una altura, para Amparito, difícil de acceder por el peligro que comporta subirse a una escalera. Las abejas han pasado la noche descansando tranquila y serenamente.

Amanece, pero todavía les cuesta emprender la marcha en busca de otro hogar definitivo y ahí siguen, inmutables, esperando quizá el comienzo del nuevo día con la luz brillante del sol. Llega Amparito, echa un vistazo a la situación y decide iniciar la retirada del enjambre de forma impensable para mí, según mi corto entender en este mundo tan bellamente interesante. La vemos ir y venir con utensilios que ella considera necesarios, hasta que finalmente, todo bien preparado y organizado, se dispone a ayudarlas a hacer la mudanza. Una ligera sacudida que sirve para despertar a todas las ocupantes de la colmena e indicarles que tienen que marchar. Y, ¡sorpresa! con la aspiradora del polvo de su casa inicia ese traslado. A una velocidad suave va introduciendo las abejas en la bolsa de recogida. Después de un rato el grueso del enjambre está a salvo, queda ahora recoger a todas las desperdigadas, así que manos a la obra, va poco a poco pasando la aspiradora por la pared hasta que, después de mucho tiempo, ha recogido todas.

El espectáculo ha sido maravilloso, conmovedor. Me ha impactado la paciencia y el tesón enorme desde el primer momento de Amparito ayudando a todas las abejas, hasta la última, a cambiar de sitio. Para Amparito cada abeja es única y no puede dejar a ninguna fuera de su casa, cueste lo que cueste ir tras ellas. Contenta porque todas han sobrevivido, marcha feliz con sus aparejos, pero sobre todo, con su nueva familia que en breve será acomodada en una colmena preparada para todas ellas.

Y yo estoy realmente impresionada y fascinada con la actuación de Amparito. No salgo de mi asombro. Doy gracias a Dios por las personas que, como ella y como Salva, trabajan por el cuidado y protección de las abejas.

Cautivada por esta experiencia vivida mi mente vuela rápida hasta Galilea, tierra de Jesús, y no puedo evitar preguntarme, con el máximo respeto, por qué el Maestro no utilizó nunca el mundo

de las abejas para hablar del Reino de Dios, para explicar cómo era su Padre... por qué nunca utilizó ninguna parábola sobre las abejas.

El buen pastor corre en busca de la oveja perdida y no vuelve hasta haberla encontrado. (Cf. Lucas 15, 4). Así es como he descubierto yo en la imagen viva de Amparito la figura de apicultor con cada una de las abejas que han quedado desperdigadas del enjambre y que les cuesta entrar en la nueva casa... Me habla de una luminosa metáfora evangélica en la que podemos ver admirablemente cómo es Dios con sus hijos, simbolizada en el mundo de las abejas y sus enjambres y colmenas.

Y me atrevo a soñar con estas palabras: el Reino de Dios se parece también a un apicultor que, al sonido imponente del zumbido de las abejas, va en busca del enjambre y cuando lo encuentra pone toda su dedicación y esmero en conducirlos hacia la que tiene que ser su nueva casa, presidida siempre por la Reina/la Madre. Cueste lo que cueste y tarde lo que tarde, no se marcha hasta recoger a la última abeja perdida y asustada. Y cuando todas las abejas están juntas en la colmena, con la fuerza y el referente de la figura central, la Reina/la Madre, es cuando pueden disponerse a trabajar unidas en la misión que se les ha confiado.

También me atrevo a soñar con estas otras palabras: la comunidad monástica se parece a una colmena que, siempre con su figura central, la Reina/la Madre, presente en medio de todas las abejas, forman una familia bien organizada donde cada una desempeña su función cuyo resultado final tiene sabor a miel. Así considero mi comunidad, un grupo de hermanas que, unidas en torno a la Madre Abadesa, figura imprescindible porque hace las veces de Cristo en el monasterio, vamos construyendo una vida común intentando formar una unidad en la diversidad de cada una, y que con la aportación y suma de los diferentes carismas de las que formamos esa familia, caminamos en una única dirección, la del Reino, porque sabemos que seguimos a quien es la LUZ que ilumina la senda de nuestra vida y camina con nosotras siempre y cuyo resultado final tiene sabor a vida eterna.

Es posible que sigan llegando más enjambres en nuestro espacio buscando el aroma de las flores. Mi corazón aún sigue conmovido con el recuerdo fresco de tanta belleza descubierta casi al azar. Ahora miro una abeja, su revoloteo de flor en flor, y entiendo mejor la poesía que zumba en el aire y entiendo mejor a las abejas como fuente de inspiración para poetas de todas las épocas. Son mucho más que meros insectos y merecen honor por su importante cometido en nuestra madre tierra, y como dice un autor, *a través de sus vuelos, su trabajo incansable y la dulzura de su miel, estas pequeñas criaturas nos enseñan valiosas lecciones sobre la belleza de la naturaleza y la importancia de la colaboración.*

Palacios de Benaver – Monasterio de San Salvador

Junio 2024